

LA MONARQUÍA Y SU PAPEL EN LA UNIFICACIÓN Y EXPANSIÓN DE LOS PUEBLOS HISPÁNICOS

POR

BERNARDINO BRAVO LIRA^(*)

De la monarquía española en su época de máximo esplendor —en la que llegó a comprender asimismo a Portugal con sus dominios de América, África y Asia— se dijo, y con razón, que en ella *no se ponía el sol*. En verdad, fue, con ventaja, el mayor conglomerado político que recuerda la historia. Entonces, como escribió Basterra, "allende nuestros mares, allende nuestras olas, el mundo fue una selva de lanzas españolas".

Una moneda de plata de esta época de esplendor, acuñada muchas veces por la Casa de Moneda de Chile, al igual que por otras de América, expresa plásticamente el papel que desempeñó la monarquía, como armazón política unitaria del mundo de habla castellana y portuguesa.

Se la conoce con el nombre de *columnaria* o *de mundo y de mares*. En el anverso presenta al monarca reinante y en el reverso, entre las columnas de Hércules, dos hemisferios, levemente superpuestos. El de atrás deja ver al Viejo Mundo, es decir, a Europa, África y Asia, en tanto que en el primer plano, muestra al Nuevo Mundo, o sea América. Ambas esferas están unidas abajo, por las olas del mar y arriba, por una corona. La monarquía es, pues, la institución que ha logrado unir entre sí dos mun-

(*) Agradecemos al distinguido profesor Bernardino Bravo Lira, catedrático de Historia del Derecho de la Universidad de Chile y numerario de la Academia Chilena de la Historia, esta breve y sugerente contribución en nuestras páginas, que —confiamos— no será la última (n. de la r.).

dos, a los que la geografía parecía haber condenado a vivir separados el uno del otro.

Esto nos hace presente que, ni las naciones ni los países se hicieron solos. Antes de constituirse como tales, tierras y pueblos, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, tuvieron que acostumbrarse a compartir, bajo una misma casa reinante, las vicisitudes de la propia existencia.

Demasiado acostumbrados a la historia por países, nosotros, a veces, no comprendemos que los mismos nos productos de la historia, surgidos, entre otras cosas, gracias a la larga cohabitación de tierras y pueblos diversos bajo el poder de una dinastía. La monarquía no es tan sólo el gobierno de uno. Su superioridad radica, en último término, en que puede contar con el tiempo, en la continuidad, a menudo multiseccular, de su acción que no está atada a una persona ni a un período determinados. No sin razón se hacía notar hace poco en Brasil, donde se convocó en 1993 un plebiscito para volver a la monarquía que, mientras los presidentes piensan en la próxima elección, el rey piensa en la próxima generación.

Así comprende que los Avis y los Trastámara fueran los grandes forjadores de Portugal, Castilla y Aragón. En gran medida, por obra suya, Portugal y España llegaron a ser en los albores de la Edad Moderna, las dos primeras potencias mundiales que registra la historia, cuya acción se hizo sentir en los cinco continentes. Así lo muestra, ya en 1493, esto es hace medio milenio, el hecho que, por el tratado de Tordesillas, se repartieran el mundo.

De esta suerte, la monarquía pasó a jugar también en ultramar, a lo largo de la Edad Moderna, un papel aglutinante de las nacionalidades. Al respecto no hay que olvidar que lo primero que hizo Colón el 12 de octubre de 1492, al desembocar en la isla de Guanahani, fue, precisamente, tomar posesión de las nuevas tierras en nombre de los Reyes Católicos. A partir de ese momento se comienzan a incorporar a la monarquía pueblos y países hasta entonces extraños entre sí y que desde entonces quedan unidos al menos políticamente. Álvarez Cabral procede, igual que Colón, ocho años después, al descubrir Brasil y lo

mismo hacen los demás descubridores en cada paso de la expansión. Las casas reales se convierten así en un factor unificador de las tierras y poblaciones de ultramar, por encima de sus diferencias de raza, lengua, costumbres y demás. Tal es el papel de la Casa de Austria primero y luego de las de Braganza —que reinó en Brasil hasta 1889 y en Portugal hasta 1911— y de Borbón, que reinó sobre toda América española hasta 1821 y sobre Cuba, Puerto Rico y Filipinas hasta 1898.

Sin ellas, habría sido imposible que llegaran a compartir una cultura y una historia común los distintos pueblos que hoy forman el mundo de habla castellana y portuguesa: de la Península Ibérica, Iberoamérica, así como Angola, Mozambique, Goa, Macao, Timor. La monarquía dio forma a este conjunto que hoy, al empezar el siglo XXI, con más de 500 millones de personas, constituye una de las cuatro mayores áreas culturales del planeta.